

¡QUÉDATE EN CASA LEYENDO!

AGRUPACIÓN CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)
ATENEO DE MADRID

Veintinueve de Mayo de 2020



Las hadas modernas

Cuento infantil escrito por:
María Carbonell

LAS HADAS MODERNAS (1)

Si fuera posible, queridos niños, a los que dedico esta lectura, que formárais un corro inmenso en el que cupiéseis todos sin excepción de edades y otras condiciones, yo estoy segura que obtendría vuestra atención haciendo sonar en vuestros oídos la palabra cuento. Presumo que al oírla abandonaríais juegos, cantos, paseos y recreos por venir a escuchar mi relato, y vuestra atención sería mayor y más intensa si os dijera que ese cuento va a ser de hadas.

¡Oh, las hadas! Las que han formado nuestro país azul y de color de rosa, las habitadoras de suntuosísimos palacios de rosado jaspe, las dispensadoras de edenes, riquezas, saber, fortuna; las desencantadoras de príncipes y princesas víctimas de los maleficios de brujas y magos, las que han tendido, en el alborear de nuestra vida, el puente misterioso que une la ilusión con la realidad.

Todos habéis recorrido con la imaginación los caminos que conducen a la gruta de la bruja maléfica y al castillo del ogro feroz, que se traga a los que en sus dominios penetran, y habéis penetrado en los jardines y los palacios de las buenas hadas y de los buenos reyes, donde moran las princesas que esperan a los príncipes enamorados, gentiles y valientes. Os han encantado las transformaciones maravillosas que han cambiado la cabaña en palacio, la vejez en juventud, y la fealdad en hermosura.

Y es que a vosotros os encanta lo maravilloso, lo deseado, lo extraordinario, lo sublime y poético, que se aparta de la prosaica realidad. Y se explica que así sea, pues estáis, durante la infancia, en el paraíso terrenal de la vida y mientras dura vuestra permanencia en ese paraíso, aletea en torno de vuestras serenas frentes la alegría de vivir que se manifiesta en vuestros ojos y en vuestros labios, de los cuales no han salido todavía palabras de odio.

Y ahora pienso que si el gran corro del que os hablé al principio estuviera formado, ya hubieran surgido muchas voces preguntando: ¿Y el cuento? Venga el cuento.

Perdonad, queridos, pues cuando de vosotros me ocupo, no son mis palabras amaños y tortura del ingenio, sino desbordar del corazón, y por eso me desvíó del asunto.

Y allá va el cuento.

En un país distante del nuestro, al que no nombro para que no os canséis buscándole en el mapa, había un bosque al que nadie se acercaba porque, desde antiguo, se decía que estaba encantado y lleno de misterios y que en él ocurrían cosas extraordinarias. Se afirmaba que algunos que entraron no salieron; así es que se ignoraba si lo habían pasado bien o mal.

A la luz de la luna distinguíase un palacio de altas cúpulas profusamente iluminado, y aseguraban algunos que se oía a lo lejos como una especie de zumbido, semejante a una ebullición de sonos interrumpidos y agudos, que delataban la existencia de muchas criaturas reunidas.

Un pastorcito joven, lindo, de ardiente fantasía y no falto de ingenio, fuerza y valor, llegaba muchas veces hasta los linderos del bosque, ansioso de atisbar y conocer algo de lo que por lugar tan misterioso ocurría. Pero nada: sólo percibía el sonar del viento en la fronda, los murmullos incalificables, que no podía precisar si eran voces humanas o música producida por el chocar de los robustos pinos que circundaban el bosque: altos, enhiestos y amenazadores como lanzones de combate.

El pastorcillo, a quien llamaremos Gracián, se retiraba desalentado ante lo que le parecía impenetrable, y en cada tentativa de atisbo se excitaba más y más su curiosidad.

Un día en que Gracián había puesto a buen recaudo sus corderitos encerrándolos en el aprisco, le llevaron sus pasos instintivamente hacía el lugar de sus curiosidades y preferencias, se sentó al pie de un árbol y vió de pronto aparecer por entre el bosque una figura fantástica que llenó de resplandores cuanto la rodeaba. Llevaba una blanca túnica ligera y sutil que se hinchaba con la brisa, y dejaba, a trechos, entrever un cuerpo como formado con pétalos de muguete. Su tez era pálida, a semejanza de la luna que preside en el cielo, sus cabellos sueltos semejaban una envoltura de oro purísimo. Con vellón de corderos debieron de lustrarse sus dientes; a las palmeras del Líbano pidió, sin duda, esbeltez su cintura.

Asombrado y extático quedó el pastor ante la inesperada aparición, y no dudó de que era un hada moradora del encantado bosque.

Al movimiento de sorpresa y asombro que se manifestó en él, notó ella que había sido vista, e inmediatamente se transformó -

- en una inmensa libélula que se remontó majestuosamente por el aire dejando en el ambiente algo tibio y aromoso, y desprendiendo de sus levísimas alas unas luces a manera de estrellas fugaces.

A partir de aquel día, una atracción irresistible le llevaba a aquel lugar dentro de sus curiosidades y deseos. Pero nada más vió; la aparición fantástica no volvió a presentarse, y Gracián vió madurar las mieses y cosecharlas; vió la nieve de las montañas derretirse; vió el orto y el ocaso de cien días, y la dulce imagen no tornó a mostrársele.

Una nerviosidad y obsesión continua se apoderó de su ser, y con ánimo resuelto y valeroso decidió penetrar en el bosque y volver a ver a su hada, aun con riesgo de la vida.

Y como lo pensó lo hizo. Penetró por las entrañas de los montes, atravesó llanos, cruzó precipicios, vadeó riachuelos, y por fin, llegó a un extenso jardín cuajado de curiosas y singulares flores de brillante coloración y exquisitos perfumes.

Pasados los bosquecillos y los prados de flores, se llegaba a una magnífica selva que refrescaban grandes lagos, y a la orilla de uno de ellos, alzábbase un magnífico palacio, cuya escalera de mármol bajaba hasta cerca del agua.

Doradas cúpulas dominaban el techo, y por una galería circular había repartidas artísticas estatuas elevadas sobre pedestales de bronce. Por las altas ventanas del primer piso, se veían habitaciones con cortinajes de seda y preciosas alfombras. Todo allí era rico, suntuoso, deslumbrador y propio para fascinar al pobre Gracián, que no había salido de sus montañas más que para ir una o dos veces a la ciudad.

No había en la magnífica estancia guardias, porteros ni criados que impidiesen la entrada, y las buenas hadas –porque allí todas lo eran- estaban en aquellos momentos ausentes cumpliendo sus altas y benéficas funciones: desencantar, librar de maleficios, apadrinar a príncipes y princesas, castigar a los malvados convirtiéndolos en piedras o en animales, sanar enfermos, repartir dones y varitas de virtudes entre los buenos y proteger a los débiles contra los desmanes de los fuertes y los soberbios. Tales son, como sabéis, las aficiones y menesteres de tan gentiles espíritus.

Gracián, que no era corto de genio y además sentía el estímulo de la curiosidad, traspasó los umbrales del palacio, subió por las anchas y lujosas escaleras de bruñido jaspe y empezó a recorrer los amplios y elegantes salones, en los que admiró una multitud de primorosos objetos cuyo uso desconocía.

Mucho encantaron al pastor aquellas lindezas; pero su principal objeto al penetrar en el recinto en donde habitaban las hadas era volver a ver el rostro de la que se le apareció, y cuyo recuerdo no se había borrado de su mente a pesar del tiempo transcurrido.

Saciados sus ojos con la visión de tantas maravillas, pensó en abandonar aquel sitio antes que cerrará la noche, ya casi convencido de que las hadas tenían otra residencia o se hacían invisibles.

Y resuelto a desandar lo andado, buscando el camino del bosque se perdió, y sus pasos fueron sin rumbo, penetrando en un intrincado laberinto, por donde dió mil vueltas sin encontrar la salida.

En vista de esta contrariedad, decidió pasar allí la noche, que por cierto era de una luna clarísima, dejando para el amanecer el retorno a sus montañas.

De pronto, y cuando la tristeza invadía su espíritu al verse perdido y sin haber logrado el objeto de sus ansias, un suavísimo rumor y una claridad más viva que la de la luna le advierten que alguien se acerca, y en efecto, su hada, la hermosa de los cabellos rubios, la de los ojos centelleantes, la de la tez rosada aparece ante él. Y con un gesto entre enojado y complacido le dice:

-¿Qué buscas aquí, atrevido pastorcillo? Si el ogro que habita aquella torre te descubre, estás perdido.

-¿Y qué me importa, si he logrado verte y oír tu voz? Si en este instante concluyera mi existencia ya había tenido objeto mi vivir, puesto que con tu presencia he satisfecho el vago anhelo que es vida de mi vida.

-La vida es hermosa, joven, y hay que conservarla, no encerrándola en un recinto limitado, aunque éste sea tan bello como el recinto de las hadas...Fuera de aquí debe existir más, mucho más...

-Si-contestó Gracian-, debe haber mucho, aunque yo he visto poco; pero al sentirte cerca de mí comprendo que nada en la vida puede valer lo que una hora de encanto, de ilusión...de amor...

-Tienes razón. También yo amo... sin saber a quién amo. Amo todo lo bello y entono mi canción a la noche hermosa en sus misterios y susurros; amo al sol esplendoroso, a las flores, a la Naturaleza toda...

-Pues yo te amo a ti, hada de mis ensueños; con tu amor en mi alma al infinito llego, y tu amor confundo con todo lo inmenso. Suspendido entre los hilos de luz que de ti irradian, mi espíritu se mece entre las estrellas y se eleva hasta las divinas alturas, en donde⁵ todo es bueno, hermoso y santo.

Por eso, sutilísima visión, ni te ajarán mis manos, ni te hollarán mis plantas. Mi tributo a tu amor será como el de la aurora a las flores, rocío de lágrimas; de amor lloro, hada o mujer, encanto de mi vida.

-Soy tan feliz al escucharte-dijo el hada, cuyo nombre era Benéfica-, que no sé si es alegría o tristeza lo que experimento. Como tú, siento gana de llorar; pero mis lágrimas son alegres, gozosas y exentas de amargura.

-¡Habla, alma mía, que yo escuche sin cesar tu voz divina, y, sobre todo, dime cómo has vivido desde el primer momento de tu vida!

-Pues verás-contesto Benéfica-, yo nací como cualquier simple mortal y de padres humildes. Quedé huérfana a poco de nacer, y el hada, mi madrina, que me recogió y me crió, me hizo gracia de todos los dones que enriquecen a las buenas hadas.

-¿Y qué dones son esos?- preguntó Gracián.

Muchos y muy valiosos -añadió ella-. Yo puedo, como has visto, iluminar una estancia y derramar la luz en torno mío; extender mi voz para que se oiga a grandes distancias; transmitir mi pensamiento a lejanas tierras; hacer que me recreen con sus cantos y melodías seres invisibles; elevarme por los aires y andar por bajo de las aguas; servirme de la luz como pintura de imágenes; ver a inmensas distancias y distinguir lo infinitamente pequeño, levantar con mis brazos pesos enormes, y otra multitud de cosas que no te puedo enumerar.

Admirado quedó Gracián y entusiasmado le dijo:

-Abandona estos lugares limitados, aunque bellos; vente conmigo, y con mi amor y tu poder conquistaremos el mundo y alcanzaremos la suprema felicidad.

-Imposible-dijo tristemente Benéfica-. En cuanto saliera de aquí y me uniera a un mortal perdería mi poder y mis dones. Demos por terminada esta aventura. Llévate la imagen de mi amor para que sirva de defensa contra los malos pensamientos y deseos, y como el aliento y la fe no son duraderos ni eficaces sin la esperanza, voy a darte esa fuerza moral con la cual vencerás obstáculos, persistirás en los buenos propósitos y te parecerá fácil lo difícil.

Y esto diciendo sacó de entre los pliegues de su túnica una piedrecita jaspeada con vetas verdes y rosadas y le dijo:

-Con este talismán comprenderás inmediatamente cuanto veas, leas o te expliquen, y al propio tiempo te verás animado de una tenacidad y constancia insuperables para la adquisición del saber. Cuando por tus luces naturales y los conocimientos adquiridos puedas realizar o comprender alguna de las maravillas que te he mencionado, y que yo realizo, vuelve por mí y juntos partiremos para vivir unidos.

-Si, partiré, seguiré tus consejos y volveré cuando haya realizado lo que me exigés, pues comprendo que hay algo más poderoso que el amor, y es el temor de exigirle un sacrificio tan grande que acabe con él. Conserva tu poder y séate siempre grato mi recuerdo.

-Vete ya, Gracián. Que el recuerdo y la esperanza te conforten. Es locura que permanezcas más aquí. Bueno es soñar y admirar; pero no es posible pasar la vida en éxtasis. A partir de este día debes trabajar, luchar, realizar cosas grandes, o por lo menos útiles, si es que no llegas a la grandeza. Créete feliz por haber penetrado en la mansión encantada, y piensa en que hay muchos seres desgraciados que no han elevado nunca su corazón ni sus pensamientos hacia las cosas ideales. Lucha, trabaja, inventa y no olvides que los ensueños de los humanos han de labrarse con materiales de la realidad, pues el mundo no es la mansión de las hadas, en donde todo es fantástico. Sigue siempre la línea recta y mira hacia lo alto, porque elevando siempre amores, pensamientos y deseos encontrarás el cielo.

Después de dar a Gracián tan útiles y sabios consejos desapareció Benéfica, dejando al joven fuera del bosque, sin que la salida le costara ningún esfuerzo.

Quedó Gracián como atontado, pareciéndole oír largo rato las palabras de Benéfica, que le repetían: lucha, trabaja, inventa, vive la realidad del mundo y de la vida, que es bella cuando bien se aprovecha. Miró en torno, estaba solo; un rayo de sol disipó los fantasmas que todavía pesaban en su imaginación; el cielo era como una bruñida turquesa en una sola vibración de luz; se sintió fuerte y reconfortado, y su espíritu vibró al unísono de la Naturaleza, toda sonriente de luz y de alegría.

Con alientos jamás sentidos y energías no sospechadas hasta entonces, marchó a la ciudad y ya no le mareó como otras veces, el movimiento de las gentes y el trasiego de carruajes. El talismán obraba sin duda y renovaba sus pensamientos.

Recordó que los ganados que él había guardado hasta entonces pertenecían a un célebre ingeniero y mecánico, y a él se presentó manifestándole sus deseos de aprender.

El hombre de ciencia era sencillo como un niño y poseía un gran corazón. Adivinó en Gracián dotes de inteligencia, y al tomarle a su servicio pudo observar su gran voluntad, su amor al trabajo y su espíritu de observación.

Firme en la idea de realizar aquellas maravillas que habían de asemejarle a su hada preguntó e inquirió, y el hombre de ciencia sació su curiosidad plenamente.

Por el aprendió que la electricidad es una gran fuerza, que él había visto en los días de tempestad allá en sus montañas; pero que el hombre la ha aprisionado y dirigido convirtiéndola en luz, y la ha hecho servir para una infinidad de cosas. Por la electricidad funcionan las grúas que levantan grandes pesos, se calientan las habitaciones, suenan los timbres, etc.

Gracián comprendía muy bien las explicaciones del ingeniero y gozaba lo indecible viendo la facilidad con que se ejecutaban tantas y tantas cosas extraordinarias.

-¿La ciencia, enseñará también a prolongar la voz?- preguntaba.

-Si, le decía el ingeniero, la voz se prolonga y se extiende por medio del teléfono. Cuando hablamos o gritamos, la fuerza de la voz se esparce, y a muy poca distancia del que emite los sonidos se pierde; pero el teléfono la suma, la reúne, la concentra y la hace correr por el alambre.

Después de las lecciones venían comprobaciones, y Gracián comprobó con verdadero asombro, que a grandes distancias podían hablarse dos personas conservando el timbre de su voz.

Con tan excelente maestro aprendió y comprobó Gracián que el hombre transmitía su pensamiento a través del espacio por la telegrafía; que se elevaba por los aires con los aeroplanos; que veía los astros por el telescopio, y lo infinitamente pequeño con el microscopio. Admiró el gramófono que recoge y guarda la palabra humana conservándola indefinidamente para reproducirla a voluntad; vió cómo la fuerza luminosa pinta las imágenes con la cámara fotográfica, y que estas imágenes fotografiadas en una gran tira y pasando con rapidez reflejadas en una gran pantalla, dan la ilusión de la vida y el movimiento en el cinematógrafo.

Pudo apreciar Gracián las velocidades de la bicicleta, de los trenes y barcos de vapor, de los trenes eléctricos y de los automóviles y se convenció de que sus piernas jóvenes y ágiles, nada eran ni significaban comparadas con aquellas velocidades.

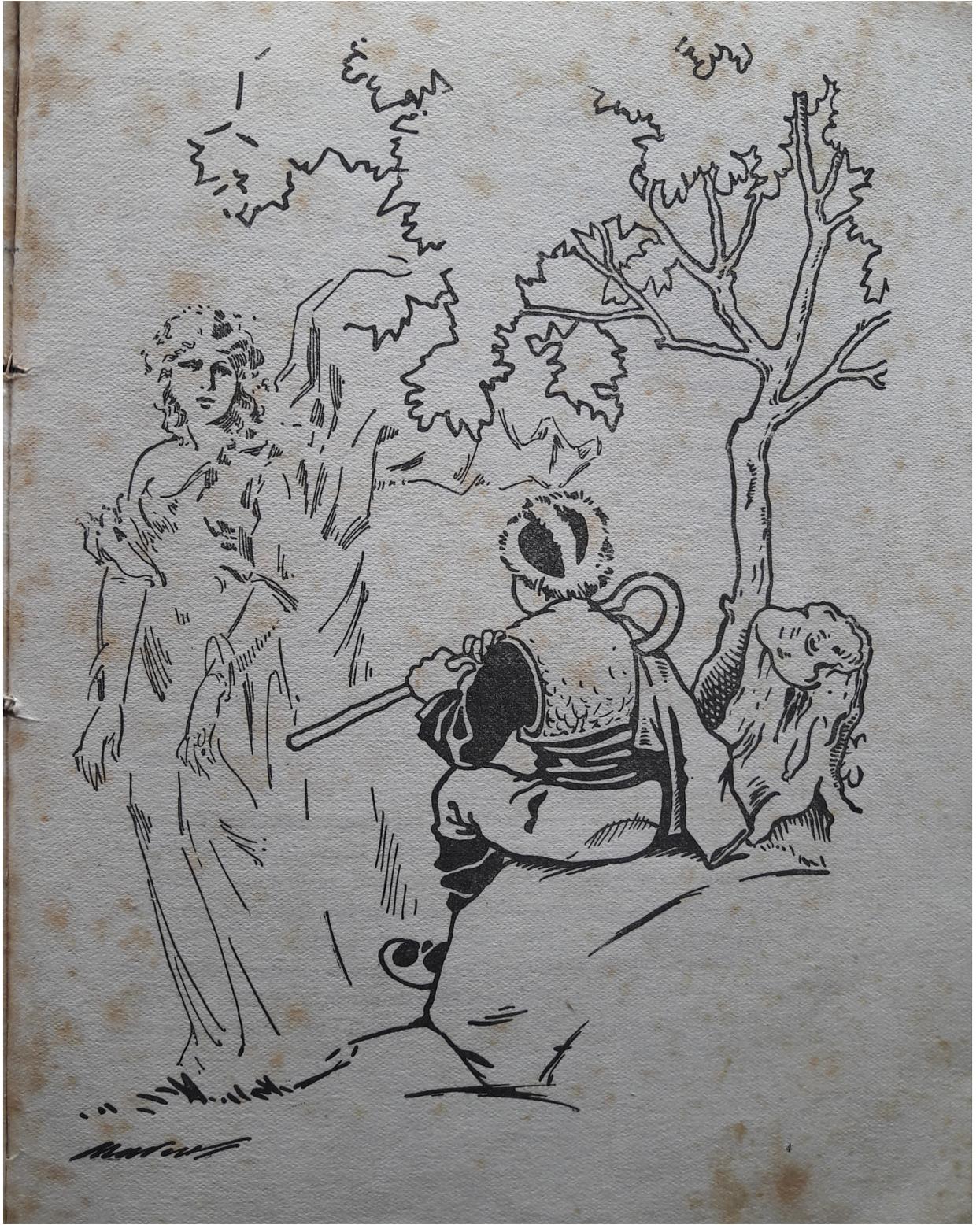
Gracián con sus estudios y trabajos llegó a ser un gran mecánico e inventor de aparatos. Se enriqueció y recordó con ilusión el hermoso sueño de su primera juventud y los impulsos y buenos propósitos que le sugirió su hada Benéfica.

Existen las hadas, decía frecuentemente; pero las hadas modernas han cambiado de nombre y se llaman Ciencias.

Estudiándolas con cariño y aplicándolas a los usos de la vida, todos vosotros, queridos niños, seréis como hadas y poseeréis aquellos talismanes y varitas mágicas que tanto admirabais en los cuentos que os encantaban en la niñez. El estudio, el trabajo y el bien obrar, son los grandes talismanes, no lo olvidéis.

Y cuando los años en su rodar sin tregua se lleven vuestras ilusiones, recordad con placer aquellas mentiras candorosas que en vuestro espíritu tomaron forma de verdad, antes que la realidad iluminara vuestro entendimiento. Como la luz rosada de la aurora disipa las nieblas, estos gratos recuerdos de la niñez disiparán y esclarecerán las negruras de vuestra alma.

MARÍA CARBONELL.



(1) Este cuento ha sido extraído del libro LOS MÁS BELLOS CUENTOS INFANTILES, Volumen segundo. COLECCIONES “INFANCIA”, Madrid.

Portada de FEDERICO RIBAS e ilustración de FERNANDO MARCO.

